



Alocución del Padre Thomas Georgeon

**Tiempo de oración
y de encuentro de las familias
y los miembros de las congregaciones religiosas de
los 19 mártires de Argelia.**

**Sábado, 17 de septiembre de 2016, Saint Irénée,
Lyon.**

Meditación: La Cruz y el mártir

Mártir, «testigo», el que anuncia, testimonia y grita la alegría de la resurrección. El que canta la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la justicia sobre la arbitrariedad. Pierre Claverie decía en junio de 1996: *“Dar su vida. Esto no está reservado a los mártires, o al menos estamos llamados a ser mártires-testigos del don gratuito del amor, del don gratuito de su vida. Este don nos viene de la gracia de Dios dada en Jesucristo. ¿Y cómo traducir este don, esta gracia?”*

El gran amanecer del martirio fue el de Esteban, humilde diácono de los Hechos de los Apóstoles, a quien san Lucas confía la «corona» del testimonio. «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» fue su oración por sus asesinos. La hermana Odette escribía el 16 de noviembre de 1994: *“La Palabra de Dios se hace más luminosa cada día. El misterio de la Pascua, central en nuestra vida cristiana, nos ha aparecido tejiendo nuestra vida cotidiana. Jesús mismo, al llamar a una nueva relación con Dios, a una sociedad construida sobre bases nuevas, fue amenazado de muerte. Vio y aceptó este peligro. Llegó hasta el final de su amor al hombre, en la conciencia de su sacrificio”*. Todos conocemos las palabras de perdón de Christian de Chergé en su testamento: *“Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este "A-DIOS" en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones felices en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío”*. Pero conocemos menos estas palabras de gracias y de perdón extraídas del testamento de Mohamed Bouchikhi, el joven amigo musulmán cuya sangre está mezclada para siempre con la de Pierre Claverie: *“y digo a todos los que he conocido en mi vida que les doy las gracias. Yo digo que serán recompensados por Dios en el último día. Adiós al que me perdonará en el Día del Juicio, y a quien he hecho el mal, que me perdone. Perdón a cualquiera que haya escuchado una palabra desagradable de mi boca, y pido a todos mis amigos que me perdonen debido a mi juventud”*.

Por tanto, el martirio es un impulso del anuncio evangélico, la maravilla de una palabra que es un mensaje feliz para los pobres, los oprimidos y que nadie puede apagar o callar. Este alegre impulso, Christian Chessel lo manifestó en un texto escrito

en 1993 en el que decía: *“nuestra presencia actual hace más evidente lo que siempre ha sido, una presencia de gracia: gracia para nosotros mismos, gracia para Argelia y el mundo musulmán, gracia para toda la Iglesia. Porque permanecer aquí hoy es una gracia que se nos hace, la gracia de responder a la llamada de Dios y a la misión de la Iglesia en las circunstancias que atraviesa Argelia. Pero es también una gracia para Argelia y el mundo musulmán, gracia de acompañamiento, de oración, de servicio, de reflexión. Por último, es una gracia para toda la Iglesia, que así comparte la pasión de todo un pueblo que recibe de su Iglesia el testimonio de su fe”*.

Sería fácil confundir martirio con sacrificio, pero sería un gran error. En efecto, el martirio significa la transparencia de la vida cristiana y la fe bíblica no quiere sacrificio, la Escritura lo expresa a menudo. Jesús nos lo repite en el Evangelio según san Mateo «Id, pues, a aprender lo que significa: misericordia quiero, y no sacrificio». Lo que la Iglesia necesita son hombres y mujeres de corazón abierto a Dios y a los otros, disponibles. El hermano Paul de Tibhirine, tras los primeros asesinatos de religiosos y religiosas, escribió en mayo de 1995: *“Me parece justo llamarlos mártires porque han sido auténticos testigos del evangelio en el amor y en el servicio gratuito a los más pobres; lo que sólo puede ser un cuestionar y una contestación radical a todos los totalitarismos y por lo tanto intolerable a los ojos de algunos”*.

Ningún heroico martirio cristiano en la fe cristiana, ningún desprecio del cuerpo y ningún gusto pronunciado por su destrucción. *“Estamos allí por este Mesías crucificado. ¡Por nada más y por nadie más! No tenemos ningún interés que salvar, ninguna influencia que mantener. No estamos impulsados por ninguna perversión masoquista o suicida. No tenemos ningún poder, pero estamos aquí como en la cabecera de un hermano enfermo, en silencio, dándole la mano, limpiándole la frente. Por Jesús, porque es él quien sufre allí, en esta violencia que no perdona a nadie, crucificado de nuevo en la carne de miles de inocentes”* decía Pierre Claverie.

El sacrificio de la Cruz es más bien una denuncia de la violencia y de la hipocresía humanas, de la banalidad del mal. Y para nuestros hermanos y hermanas, fue el compartir los sufrimientos de la década oscura con los argelinos. La hermana Paul-Hélène escribió: *“decía «solidaridad con los que nos rodean, pero no estamos directamente afectados»: ahora estamos «en el meollo» como todo el mundo, y se intenta vivirlo juntos, con lucidez y serenidad”*. Y Henri Vergès dijo, en un encuentro del Ribât-es-Salam en 1993: *“La situación actual nos despierta. Centra mi atención en la Palabra. Un pequeño gesto nos prepara para este encuentro... Por la noche se puede dormir con un sueño pesado. Es el momento de salir de la oscuridad, del miedo... Trato de poner paz en mí mismo, en una actitud de impotencia... ¡que nadie tenga miedo!”*.

La Cruz es mártir del mal que puede nacer de las manos del hombre y del amor que lo desafía y lo vence. La Cruz es testimonio de un cuerpo que se entrega totalmente por el bien de la humanidad... y de Dios. Charles Deckers escribió a este respecto: *“Todos pensamos que el mantenimiento de la presencia de la Iglesia es importante tanto para la Iglesia misma como para el país. El mundo actual, en general, y las culturas religiosas en particular, no pueden escapar a la necesidad del diálogo para asegurar la convivencia armoniosa que exige el honor del Dios que deseamos servir unos y otros”*. Y la hermana Esther, en su discernimiento: *“Sin duda, para mí en este momento el modelo perfecto es Jesús: sufrió, tuvo que vencer las adversidades y*

acabar en el fracaso de la cruz, de la que nació la fuente de la vida". Hacia esta fuente de vida, esta luz, la hermana Bibiane, nos ha mostrado el camino en medio de las tinieblas de la violencia y del odio: "Me siento impotente ante tanto sufrimiento, pero sé que Dios ama a este pueblo y tengo una gran confianza en Nuestra Señora de África. Cristo dijo: «El Padre os dará todo lo que pidáis en mi nombre» y sé que, aunque a veces parezca ausente, Él está con nosotros, conmigo, no tengo miedo. En su luz me ayuda a descubrir maravillas que se esconden, asombrosas solidaridades, generosidades, alegrías sobrehumanas. El Espíritu actúa en el corazón de cada uno y de cada una. Elijo quedarme para responder a la confianza que todos y todas nos manifiestan y para ser un rayo de esperanza en esta tierra de Argelia".

La Cruz es el lugar del sufrimiento del que brotan la fuente de vida y la luz. La lanza que atravesó el costado de Cristo fue, en Argelia, substituida por las balas de los asesinos. El costado abierto de nuestros hermanos y hermanas; el hermano Célestin, había hecho de esto una oración: *"que las balas que acribillaron la carne de nuestros hermanos y hermanas se transformen en grano de vida, de paz, de libertad, de reconciliación para el mundo y para Argelia en particular"*. Y el hermano Bruno esperaba, en la fe, que *"estas muertes inocentes pacifiquen y santifiquen la tierra de Argelia"* y que *"Dios tenga piedad de nuestro mundo inundado de tanta violencia"*. El mártir, el testigo, no es ni suicida ni temerario; sólo es DON como el hermano Luc escribía: *"Arriesgar su vida no tiene ningún valor. Perder la vida por Cristo significa dar la vida por amor"*. Y el hermano Christophe también: *"en el fondo: experiencia de felicidad de la que simplemente la realización está más allá, todavía esquiva, pero precisamente este es el secreto: no codiciar nada, no captar nada, estar abierto, libre en el desprendimiento: aquí estoy, voy"*.

El mártir, el testigo, en situación de epiclesis, impulsado por el Espíritu Santo, sólo busca la configuración con Cristo en su Misterio Pascual, como escribió el hermano Michel en su acto de ofrenda al Espíritu Santo: *"Espíritu Santo Creador, que me asocie — lo antes posible... ≠ mi voluntad, sino la tuya — al Misterio Pascual de Jesucristo nuestro Señor por los medios que quieras — seguro que Tú, Señor Jesús, lo vivirás en mí — y para lo que quieras"*.

Al pie de la cruz estaba María. También a ella se dirigieron nuestros hermanos y hermanas, pienso en la hermana Caridad: *"María ha permanecido abierta al deseo de Dios, cueste lo que cueste. Deseo estar en esta actitud ante Dios en los momentos que vivimos"*, pienso en la hermana Angèle-Marie: *"Elijo quedarme en Argelia para dar testimonio de Jesús y no tengo miedo porque estoy con él y con la Virgen Santísima"*.

La palabra final, como un impulso y una apertura dados a la Iglesia de hoy en Argelia, a vosotros hermanos y hermanas que sois testigos de la Cruz allí, esta palabra final, la dejo a Alain Dieulangard y Jean Chevillard: *"¿El futuro? Está en manos de Dios. Espero que podamos continuar, al menos asegurando un mínimo de presencia en la Iglesia hasta el retorno de la paz que finalmente llegará"*.

Padre Thomas Georgeon, Lyon, 17 de septiembre de 2016